

ATARDECER

Publicado por su autor en el número extraordinario de «A B C», de Sevilla, de fecha 25 de Octubre de este año.

En Loja, en sus «agujeros de la Alpujarra»—como él solía decir—, «no con natural, sino con forzada alegría», vivió sus últimos años, entre recuerdos, nostalgias, caridades y menudos quehaceres que le proporcionaba su hacienda, el duque de Terranova, Gonzalo Fernández de Córdoba. El Gran Capitán ya no mandaba soldados ni se las había con enemigos armados; bastante quehacer tenía con vencerse a sí mismo cada día. Hay que pensar que sufriría mal la desgracia en que había caído, los recelos del Rey y la humillación de su inactividad, cuando había soldados españoles peleando en Africa, en Italia, en Francia misma. De cuando en cuando soñaría aún con enamorar a la gloria»

Y un momento pareció que el sueño iba a hacerse realidad. Bajo el cielo mismo de sus triunfos, los soldados españoles, con sus aliados papales y venecianos, tuvieron un mal día en Rávena (11-IV-1512). Los franceses se cobraron en don Ramón de Cardona las amarguras que años antes les había hecho sufrir el Gran Capitán. La consternación ganó a todos los españoles, y al decir, muy retórico, de Quintana—«las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del Ejército, todos clamaban por el Gran Capitán».

De todas partes, y más o menos encubierto, llegaba al Rey el mismo reproche; porque todos—en el último rincón, como en la Silla de San Pedro—pensaban que hubiera podido excusarse el desastre si las tropas de la Liga hubieran estado mandadas por Gonzalo de Córdoba.

No se lo calló al Rey el Santo Padre. Y pesaron sus observaciones en el ánimo de don Fernando en forma tal, que resolvió—Dios sabe con qué repugnancia y con cuantas reservas—enviar a Italia al Gran Capitán si no había otro remedio.

Bien sabía éste lo que arriesgaba en la empresa; y por si acaso no lo había visto del todo claramente, ya se ocupó su amigo, el obispo de Mondoñedo, don Antonio de Guevara, de ponérselo ante

los ojos. «En esta jornada—le decía—que os mandan, señor, hacer, ni os persuado a que vayáis ni os desaconsejo que quedeis; solamente digo y afirmo que con esta tercera pasada en Italia tornáis a poner en peligro la vida y jugáis a los dados la fama. En las dos primeras conquistas ganasteis honra con los presentes, fama para los siglos futuros y riquezas para vuestros hijos, estados para vuestros sucesores, reputación entre los extraños, crédito entre los vuestros, gozo para vuestros amigos, dentera para vuestros enemigos. Finalmente, ganásteis por excelencia este renombre de Gran Capitán, no sólo para estos nuestros tiempos, mas para todos los siglos de los siglos futuros».

Pero jugárselo todo en el servicio era lo que al Gran Capitán le tentaba más. Y a Burgos se fué Gonzalo, desde Loja, llamado por el Rey. Hay que imaginar con qué diligencia iría devanando, de camino, proyectos e ilusiones. Los cronistas ponen en labios del Capitán las muy discretas razones con que aceptó el regio encargo: «Yo, señor—dicen que dijo—, soy vuestra hechura y nací para os servir. Yo acepto la jornada, aunque en ella pierda la vida, lo que a V. A. suplico es que mande con brevedad despachar lo que conviene para la Armada y gente de guerra, porque muchas cosas hay que con dilación se mudan y empeoran»

Es más probable que las palabras del Capitán fueran distintas. De fijo no serían menos concertadas, porque hablaba muy gravemente y de seguro con cierto empaque retórico pero también con meridional facundia y con humor que la eterna esperanza, hecha, al parecer, realidad, había de tornar alegre y quizá irónico. No dejaría ponderar la prisa, lo uno porque las cosas de la guerra no suelen admitir demora, y luego, porque todo lo pasado le haría temer que la voluntad del Rey se torciese

Que fué lo que ocurrió. Marchó el Gran Capitán a Córdoba tan de prisa como pudo para activar los preparativos de la expedición, que no resultarían nada difíciles, porque, a la voz de que Gonzalo organizaba una Armada para Italia, corrieron a juntársele, sin necesidad de ser llamados, señores de estados, caballeros, escuderos y gente llana de las ciudades, las villas y los campos. «Parecía —dice Pedro Martír— que se iba a despoblar España de todo lo más noble y generoso; nada se tenía por imposible, ni aun por difícil, con semejante jefe; casi no había ningún caballero que no creyese que era una afrenta quedarse en casa » Tantos eran, que la noticia pare-

ció alarmar a don Fernando y le resolvió a limitar el número de los que habían de ir con Gonzalo de Córdoba a quinientos hombres de armas y dos mil infantes.

Instaban al Rey sus aliados para que cuanto antes despachasen al Gran Capitán con su Armada; pues como, entre tanto, mejorasen las cosas en Italia, cambió el Rey de opinión, y resolvió que el Capitán se volviera a Loja, que se licenciaran las tropas alistadas y que se disolviese la Armada que ya estaba aparejada en Málaga.

El Gran Capitán cumplió la orden. A los hombres que habían venido a alistarse bajo su bandera los despidió muy emocionada y generosamente; porque para indemnizarlos, más de las perdidas esperanzas de gloria que de los quebrantos sufridos en sus haciendas por causa de su incorporación, gastó de su propio peculio unos cien mil escudos y repartió entre ellos casi otro tanto en joyas, vestidos y armas para que no volvieran a sus tierras tan pobres que ello sirviese de pretexto a sus vecinos para aborrecer el oficio militar, «que es el más noble»

No volvieron pobres, pero sí muy contristados y deprimidos; tanto, que ninguno quiso ir a incorporarse a los Ejércitos con que el Rey estaba en campaña en la raya de Francia. Unos se fueron a África, otros pasaron a Italia y alguno marchó a Indias.

Gonzalo dejó el campo de Antequera, donde había concentrado su hueste y se volvió a Loja, cargado de amargura. «Fué cosa muy averiguada —dice un cronista— que al Gran Capitán jamás, en cuantos días vivió, le llegó nueva tan adversa ni que tanto quebrantase aquella su grandeza de ánimos nunca vencida.»

Es posible que entonces volviera a leer la carta del obispo de Mondoñedo. Quizá no habría reparado la primera vez que el discretísimo don Antonio no le hablaba sólo de la gloria que tenía ganada: «No sois, señor —le decía también—, tan mozo que no tengáis lo más de la vida pasada; y pues la vida se va consumiendo y la muerte se viene acercando, pareceríame a mí que os sería mejor consejo ocuparos en llorar vuestros antiguos pecados que no ir de nuevo a derramar sangre de enemigos. Tiempo es ya de llorar y no de pelear; de retraeros y no de distraeros; de tener cuenta con Dios más que con el Rey; de cumplir con el alma y no con la honra; de llamar a los santos y no provocar a los enemigos; de distribuir lo propio y no tomar lo ajeno; de conservar la paz y no inventar la guerra. Y si en este caso no me queréis, señor creer, desde agora adivino que entonces lo comenzaréis a sentir cuando no lo podáis ya remediar.»

Mejor —pensaría— le hubiese estado hacer caso del buen consejo del obispo y renunciar él mismo a la empresa, que no verse, como se veía, burlado. La gloria, acuciada por su noble afán de servir, le había cegado otra vez con la promesa de su brillo. Fué un momento; el rayo verde de la puesta del sol. Después, ya todo fué melancolía sobre los cincuenta y nueve años del Capitán.

Jorge Vigón.

